



CAPÍTULO XVI.

Documentos inéditos sobre la abjuración de Enrique IV de Francia y la política española.

I.

NOTICIAS PRELIMINARES.

NO de los puntos más curiosos y más interesantes que se ofrecen al hombre diligente en el estudio de la historia del siglo XVI, es, sin duda, la lucha de religión suscitada por las ideas de independencia liberal y racionalista del fraile renegado propagadas por Martín Lutero en Alemania, Calvino en Francia y Enrique VIII en Inglaterra. Príncipes ambiciosos y corrompidos, eclesiásticos soberbios y poderosos avaros prestaron desde el principio su apoyo á las nuevas sectas, que bien pudieron ser llamadas todas ellas con el nombre genérico de religión del robo, de la sensualidad y enemiga destructora de las artes. Y, sin duda, se puede asegurar que la protesta luterana, calvinista y cismática dividió la Europa moderna en dos parcialidades irreconciliables, defensora de la verdad católica, tradicional, cristiana la una, y de los errores racionalístico-protestantes la otra. Con tan malaventurada y profunda división, y las numerosas sectas que de ellas nacieron, quedáronse los pueblos y las naciones sin paz, sosiego, ni reposo, envueltos en guerra fratricida, devastadora y espanta-

ble, que no ha terminado aún después de tres siglos y medio de existencia ¹.

Y esta división general europea se singularizó en todos los reinos y monarquías de aquella susodicha centuria, menos en España, formándose en cada uno de ellos dos bandos; el católico, propietario de la verdad, y el heterodoxo, disidente, sembrador de la cizaña del error protestante, empeñado en arrancar de las manos de su contrario la dirección y posesión del gobierno de las conciencias. En la nación francesa, donde desde Clodoveo y Carlo Magno, y aún antes, había florecido con grande brillo y robustez la religión católica, apostólica, romana, única verdadera, enseñada por Jesucristo Dios y Hombre, se formaron asimismo entrambos partidos. Apoyaron al protestante Margarita de Valois, hermana de Francisco I, y esposa de Enrique de Albret, Rey de Navarra; la Duquesa de Etampes, favorita del Monarca; el Ministro Guillermo de Bellay y su hermano el Obispo de Paris; Luis Berquin, Consejero de la Corona, traductor en lengua francesa de algunos escritos de Erasmo, de Carlostadio y de Melanchthon; y el erudito Jacobo Le

¹ Es mucho de considerar cómo el protestantismo y sus corifeos predicadores de independencia y libertad, que llamaron *libre examen*, fueron intolerantes rabiosos, no solamente con los católicos, sino hasta con los mismos partidarios suyos si por ventura mostraban parecer propio. «No se contentaba Lutero con palabras, sino que pasaba á los hechos; y bien sabido es que por instigación suya fué desterrado Carlostadio de los Estados del Duque de Sajonia... En sus ruidosas disputas con los zuinglianos, no desmintió Lutero su carácter, llamándolos *hombres condenados, insensatos, blasfemos*. Cuando así trataba á sus compañeros disidentes, nada extraño es que llamase á los doctores de Lovaina *verdaderas bestias, puercos, paganos, epicúreos, ateos*... y del Papa dijese que era un *lobo rabioso*, que todo el mundo debía armarse contra él sin esperar orden alguna de los magistrados... y que todos aquellos que le seguían debían ser perseguidos como los soldados de un capitán de bandoleros, aunque fueran reyes y emperadores...» Tal fué el espíritu de libertad y tolerancia del protestantismo desde su cuna; esto es, verdadera tea del infierno lanzada en medio de Europa cristiana, que la convirtió en campo de guerra perpetua, revolucionaria, y poco á poco la va tornando en Europa gentil y pagana. Véase Balmes: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*: tomo primero, pág. 194. Barcelona; 1857.

Febre de Etaples, teólogo, profesor y gran propagandista de los errores luteranos; el cual, inspirado en ellos, vertió con notas en lengua vulgar los Cuatro Evangelios. Al propio tiempo fué organizada con el patrocinio de Guillermo Briçonnet, Obispo de Meaux, cierta luterana asociación en la que predicaban sus heréticas doctrinas, año 1523, Farell, Le Fevre, Juan Le Clerc y otros heterodoxos luteranos ¹.

La causa de la verdad católica estaba representada en la mayoría de la masa popular francesa, acaudillada por la Iglesia, la Reina madre Luisa de Saboya, el Canciller Cardenal Du Prat, el Cardenal Tournon, el Parlamento, la Universidad de París, con más la política española y la influencia pontificia de Roma. Y aunque, cierto, la Iglesia docente de Francia, salvadas algunas excepciones de preladados, clérigos y frailes, la susodicha Reina madre, la Facultad Teológica de París y otros elementos católicos, pusieron diques al torrente de los errores de Calvino y de Lutero; pero el desbordamiento heterodoxo iba creciendo merced al desenfreno de la avaricia, del orgullo y de la sensualidad, que más ó menos claramente propalaban y ponían en práctica los reformadores y sus aliados. El mismo Rey Francisco I, vuelto de su prisión en que le tuvo en Madrid nuestro Emperador D. Carlos V, año 1526, trató de reprimir los desmanes, el desorden y la destrucción de templos y monasterios que llevaban á cabo los sectarios. Y, sin embargo de todo ello, se fué acrecentando y subiendo cada vez más el agua cenagosa de la charca protestante; porque la Reina Margarita favorecía pertinaz y ciegamente las nuevas doctrinas, y el mismo Rey Francisco formaba más tarde alianzas que le ataban de piés y manos, con los

¹ Véase *Historia de la Iglesia*; vol. V (versión de Ayuso), pág. 258, por el Cardenal Hergenröther: Madrid, 1888. «El espíritu de oposición, dice este purpurado escritor, que antes se había despertado en Francia contra la Santa Sede, la influencia de escritos satíricos publicados por los humanistas, las relaciones que los innovadores franceses mantenían con los de Alemania, en particular de Strasburgo; los sedimentos que aún restaban de antiguas sectas, como de la Waldense; y, por último, la caprichosa y vacilante política del gobierno de Francia, fueron otros tantos factores que favorecieron la propagación del error.» Item: *ibid.*

príncipes alemanes, defensores pertinaces del error y enemigos declarados de los Vicarios de Cristo ¹.

De esta manera continuaron los hombres y las circunstancias, ahora favoreciendo, ahora contemporizando y ahora reprimiendo á los innovadores, que se aprovechaban de todas las ocasiones más ó menos propicias y de tolerancia, apercibiéndose y organizándose armados para obtener el apoyo de los sectarios de Alemania, Suiza y otras regiones. Y esto sin perjuicio de cometer con frecuencia dolorosa todo linaje de atropellos, malos tratamientos, saqueos y horribles profanaciones, tales como las que trajeron las medidas severas y rigurosas del Presidente Oppede y del Abogado general Guerin, año 1545, cuando Francisco I se hallaba ya en vísperas de morir. Por estos años eran designados los protestantes franceses con el nombre de *hugonotes*, y los sectarios calvinistas se sobreponían ya á los luteranos ². En el reinado de Enrique II, 1547 á 1559, anduvo

¹ Después del regreso del Rey en 1526, libre de la prisión en que le tuvo el Monarca de España, se emplearon nuevas medidas de rigor contra los sectarios, que habían promovido serios disturbios, destruido imágenes de Jesucristo y de los Santos, y esparcido nuevos libelos infamatorios contra la fe católica. Los Parlamentos desplegaron también notable celo, y los obispos celebraron sínodos para la reforma de las costumbres del clero, entre los que merecen especial mención los de Sens y Bourges de 1528. No obstante la persecución de que eran objeto los innovadores, nunca les faltaron protectores, siendo uno de los más influyentes la Reina Margarita, que dió á muchos asilo en la corte, y al ver que el mismo Rey Francisco I hacía alianza con los príncipes protestantes de Alemania, renacieron las esperanzas de los sectarios.» Hergenröther: *ibid.*; pág. 259.

² «Pedro Le Clerc fundó la primera parroquia calvinista de París á la que siguió la fundación de otras en Lyon, Orleans, Angers y Rouen.» Véase Hergenröther; *ibid.*; pág. 263. Y sobre la etimología y origen de la palabra *Hugonote*, habla largamente Daniel, *Histoire de France*; edición Griffet, x, 54. Hay quienes derivan tal vocablo del alemán *Eidgenossen*=adictos, aliados, compañeros, mediante la forma suíza *Eignots*=*Hugenots*. Opinan otros provenir aquella palabra de *Hugo* ó de *Hugenot*, equivalente á espectro nocturno conforme á la celebrada leyenda francesa del Rey Hugo Capeto; prefiriendo muchos atribuir todo ello á la circunstancia de celebrar aquellas gentes heterodoxas sus reuniones durante la noche. Y, finalmente, intentan algu-

en ejercicio la misma política de balancín con los nuevos reformistas, ahora favorecidos por los gobiernos, principalmente en el exterior, y ahora reprimiendo la propaganda herética y desmanes dentro de Francia. Por el edicto llamado de Chateaubriand, 1551, se fundieron los tribunales diocesanos de la Inquisición con las comisiones investigadoras del Parlamento, pronunciando las sentencias de pena capital los tribunales civiles, cosa no acostumbrada entre los jueces eclesiásticos, por más que á ellos tocara señalar los delitos de herejía ¹.

Tras el reinado tempestuoso de Enrique II, vinieron los de sus hijos Francisco II y Carlos IX, 1559 á 1560 el primero, y de 1560 á 1574 el segundo; ámbos á dos harto débiles y faltos de energía. Con tales circunstancias creció en deplorable medida y extensión la idea calvinista. Todo lo cual subió de punto cuando con asombro de muchos, dolor de los católicos y admiración de todos, se declararon partidarios y protectores públicos de los hugonotes, enemigos de Dios y de la Iglesia, los Príncipes de Borbón; Antonio de Vandome, Rey de Navarra, y sus hermanos, sobresaliendo en actividad y celo por el error calvinista Luis de Condé. A todos ellos no tardaron en seguir é imitar el Condestable Montmorency, el Almirante Coligni, jefe resuelto y ciego del partido heterodoxo, con sus hermanos Andelot y el Cardenal Odet de Chatillon, Obispo de Beauvais. El bando popular y católico andaba capitaneado por los valerosos y famosísimos Duques de Guisa. Así las cosas, tuvo lugar la célebre conjuración de Amboise, año 1560, con la que intentaron los herejes, siempre enemigos del orden público y del derecho, apoderarse de la persona del Monarca, arrebatar el poder á los píos y muy nobles Duques de Guisa, y ponerlo todo junto en manos de los renegados Príncipes de Borbón y de Condé. El complot fué descubierta; fracasó por lo mismo la conjuración; pagaron con su cabeza varios de los rebeldes, y el Duque

nos derivar la palabra tristemente célebre, de cierta moneda de cambio denominada *Hugonot*, que corrió en uso por los tiempos del sobredicho Monarca,

¹ Véase la obra citada de Hergenröther; tomo dicho, pág. 264.

Francisco Guisa fué elevado á Teniente General de Francia y honrado con el título de *Salvador de la Patria* ¹.

No obstante el edicto de tolerancia de la Reina, por el que fué permitido el libre ejercicio de su falsa religión á los calvinistas (año 1562), pero siendo como es insaciable y tirano el error, estallaron las guerras religiosas de Francia, que cubrieron el suelo de la patria con sangre y ruinas dolorosísimas. La primera, á pesar de la tolerancia, fué de tanto encarnizamiento, que duró cuatro días, quedando 4.000 hombres tendidos en tierra, y 200 casas devoradas por el fuego. Treinta mil calvinistas hugonotes, reconcentrados en Toulouse y capitaneados por el Príncipe de Condé, intentaban apoderarse del país, convertir los pueblos de católicos en herejes, y acabar hasta con el nombre de la religión católica, antigua, tradicional y única verdadera. Sin embargo, el triunfo de aquella colosal batalla y guerra sangrienta fué obtenido por los católicos; lo cual no sirvió de impedimento á los hugonotes revolucionarios para que se entregasen en el Bearne y Normandía, gracias al régimen y apoyo de Juana de Albret, á todo linaje de excesos criminales, hasta los más horribles é inhumanos. Sobresalía en furor y saña herética, allá por el Delfinado, aquel tristemente célebre Francisco de Beaumont, Barón de Adrets, llevando su fanatismo y deseos de exterminio hasta obligar á sus hijos á bañarse en la sangre de los católicos precipitados desde lo alto de las torres y las rocas, y cogidos al caer en las alabardas de sus soldados ².

¹ Es claro que el partido católico nacional francés recitía apoyo de los romanos Pontífices, y también del Rey Prudente español, como después se verá. «Pío IV, dice el citado historiador, nombró delegados para la reforma de las costumbres en Francia á su hermano el Cardenal de Lorena y al Cardenal Francisco Tournon, que ejercía ya las funciones de Censor General de la fe para todo el reino. Inmediatamente escribió el primero al Rey Francisco, á Antonio de Borbón y á su esposa: estos dos últimos le contestaron haciendo hipócritas protestas de su inquebrantable adhesión á la fe católica; pero continuaron prestando apoyo á los calvinistas, cuya secta se difundió también por los dominios pontificios de Aviñón y del Venesino.» Hergenröther: ítem; íbid, pág. 266.

² *Hergenrother*, obra citada, pág. 269. «Los calvinistas, añade, lejos de quedar satisfechos con tales concesiones (de tolerancia) extremaron

Continuaron así los acaecimientos que se fueron sucediendo unos á otros en el reinado de Carlos IX, príncipe inexperto y de escaso talento para vencer las circunstancias difíciles de la patria, y durante el gobierno de Enrique III, que bien puede llamarse de vacilaciones, todas ventajosas para los herejes. Y todo esto á pesar de las victorias gloriosas obtenidas por los católicos, quienes peleaban heroicamente, guiados por caudillos tan píos y valerosos como los Duques de Guisa, campeones de la causa de la verdad y de la Iglesia. Al mismo tiempo el famoso Antonio de Navarra huía hasta de su esposa por ser disidente renegada, y se entregaba por completo á la defensa de la religión católica, muriendo por ella de heridas gravísimas recibidas en la ciudad de Rouen. El año 1563 fué ajustado el convenio de Amboise, el cual concedía el ejercicio libre de su erróneo culto á los principales y la nobleza de los protestantes, á sus vasallos, á las ciudades donde estuviese establecido; y finalmente, construir iglesias reformadas, una por cada distrito. El cual tratado no dió satisfacción ni contentó á ninguno de los partidos. Y así, poco más ó menos, continuaron las guerras religiosas de Francia, y tuvo lugar la dolorosa y sangrienta noche de San Bartolomé, en que fueron acuchillados unos mil hugonotes y otros tantos en las provincias, perdiendo también la vida muchísimos católicos. A todo lo cual siguió la paz religiosa de *Beaulieu*, hasta formarse la famosa *Liga ó Santa Alianza*, tan favorecida y apoyada por nuestro Prudente Monarca y la política española, con los demás sucesos memorables, tristes y siempre deplorables¹. Tras todo ello apareció combatiendo en pró del error calvinista

sus exigencias, asesinaron á varios sacerdotes en los arrabales de París y en algunos puntos, especialmente del Mediodía de Francia; cometieron irritantes atropellos contra los católicos; profanaron y destruyeron los sepulcros y las iglesias, sin respetar la Sagrada Eucaristía; obligaron á los católicos á asistir á sus sermones; mutilaron y asesinaron á muchos individuos asimismo católicos tanto eclesiásticos como seglares, ejecutando actos tan vergonzosos con anuencia de sus consistorios y predicadores. Esto hizo abrir los ojos á los católicos, que comprendieron lo que les esperaba si permanecían inactivos: los innovadores no querían tolerancia de cultos, sino la total extirpación del catolicismo.» Item, *ibid.*

¹ «Los sectarios, dice el alemán Hergenröther, quemaron también

II.

ENRIQUE DE NAVARRA.

Desde el reinado de Carlos IX, el Almirante Coligni, jefe tenaz de los sectarios, condenado á pena capital por el Parlamento, había allanado caminos al disidente hugonote Enrique, Príncipe de Navarra, para poderse encumbrar un día al trono de Francia. Procuró ya con grande celo, digno de mejor causa, allá por los años 1571, que fuese declarada la guerra á España, favorecedora continua de la *Liga Católica* acaudillada por los Guisas; separar á éstos de la Corte y de la influencia real; dispensar apoyo á los rebeldes heréticos de los Países Bajos contra el Monarca Prudente D. Felipe II; hacer alianza con aquella impía, cruel y despiadada mujer Isabel de Inglaterra, y, finalmente, como garantía y prenda de paz interior, casar á Enrique con la hermana del Rey, Margarita de Valois. El Papa San Pío V no creyó procedente ni oportuno conceder la dispensa para tal matrimonio; pero á la Santidad de Gregorio XIII pareció mejor acceder á tal dispensa, aunque imponiendo condiciones que jamás se cumplieron. Las bodas fueron celebradas en París, á 18 de Agosto de 1572. Los proyectos y planes

gran número de reliquias, como las de San Ireneo, San Hilario y Santa Radegunda, y aventaron sus cenizas; destruyeron soberbias catedrales y asesinaron á muchos sacerdotes eminentes, sin que se viese el medio de hacer expiar tantos crímenes.... Los hugonotes, lejos de hacer la convenida entrega de varias fortalezas, levantaron otras nuevas, se incautaron de poblaciones católicas enteras, cometiendo inhumanos atropellos en sus habitantes, y ajustaron convenios con los protestantes de Alemania, de los Países Bajos y de Inglaterra....» Item, *ibid.*, pág. 271. Acerca de las ruinas y profanaciones de templos y reliquias, véase á Raynard, ad an. 1562, y las protestas de la Universidad de París contra la Amnistía y demás contemporalizaciones con los herejes y el error, en Du Plessis d'Arg., I, c.; y sobre la hecatombe espantosa de Nimes, en que perecieron 400 católicos, día 29 de Septiembre de 1567, trata Me-nard en su *Histoire de la Ville de Nimes*, t. X, pág. 16.